

# De Montaigne a Arciniegas: la escritura y la construcción del ser americano

Una de las características del intelectual hispanoamericano ha sido su activa participación en la construcción del continente, no sólo desde el ejercicio de las letras, sino desde lo que podría llamarse el ejercicio de las armas, su papel combativo y polémico en momentos cruciales de la historia. El creador, en América, como señala Graciela Maturo, «es a menudo un agudo teórico que no sólo analiza y comprende su propia creación: avanza haciendo de ella un espejo del mundo y de sí mismo, hacia más amplios niveles de comprensión e interpretación»<sup>1</sup>. En ese proceso creador ha sido de vital importancia la comprensión del otro, circunstancia que surge desde el momento del descubrimiento y que empuja a ensayar caminos para definir una identidad cuestionadora y conflictiva, siempre en relación con ese otro que es también parte de uno mismo. Por sus características, el ensayo se ha adecuado más que ningún otro género a las necesidades expresivas del intelectual hispanoamericano que ha encontrado en la escritura una posibilidad de ser.

Recordemos la clásica definición del ensayo de Alfonso Reyes: «Este centauro de los géneros donde hay de todo y cabe de todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede responder ya al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al etcétera... cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía»<sup>2</sup>.

Las características que subrayo sirven también para explicar la función del ensayo en la configuración de lo americano entendido como proyecto, como forma híbrida inconclusa y en proceso de gestación, siempre en busca de su expresión. El colombiano Germán Arciniegas en *Nuestra Amé-*

<sup>1</sup> Maturo, Graciela, «La imaginación creadora en la teoría literaria hispanoamericana», en *Imagen y expresión. Hermenéutica y teoría literaria desde América Latina*, Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1991, p. 10.

<sup>2</sup> Reyes, Alfonso, *Obras Completas, Tomo IX*, México, F.C.E., 1959, p. 403.

rica es un ensayo<sup>3</sup> ya señalaba los orígenes del género en el momento del descubrimiento, con Vespucci y Colón, quienes discuten los temas que ocuparán gran parte de la ensayística hispanoamericana a lo largo de su historia: los seres humanos y el medio geográfico en el que se desarrollan.

Arciniegas plantea que el ensayo no nace con Montaigne, sino mucho antes, con el Almirante y con cronistas como López de Gomara, en cuyos textos se inspira el autor francés para criticar, entre otras cosas, la política colonialista española. Lo que el colombiano pretende demostrarnos es que América proporciona la materia de un género en el que tan cómodamente se instala la mentalidad renacentista. Tales afirmaciones nos resultan enormemente sugestivas porque afianzan la idea de que América es ante todo sustancia, materia genésica y, a la vez, origen del pensamiento moderno, de ciencias tan nuevas como la sociología que, según el autor, no surge con Comte, sino con los cronistas, cuyas observaciones dan lugar a perturbadoras comparaciones.

Con esta teoría, Germán Arciniegas (Bogotá, 1900) imprime una tonalidad distinta a ese diálogo entre lo europeo y lo americano que dinamiza gran parte de la producción literaria en Hispanoamérica. Desde su primer libro, *El estudiante de la mesa redonda*<sup>4</sup> este colombiano ha polemizado con los europeos, como Hegel y Papini, cuestionando sus teorías sobre América y los americanos, enfrentando a sus razonamientos la magia y la poesía de un continente que rechaza todas las clasificaciones, defendiendo la diferencia frente a las tesis sobre la inferioridad de estos pueblos, proclamando la pluralidad cuando el mundo estaba dividido en dos bloques ideológicos y desdramatizando los hechos de la conquista con altas dosis de humorismo.

Como teórico y maestro del género, Arciniegas fija los rasgos de lo americano en una extensa obra que abarca más de cincuenta títulos en los que cabe de todo: la historia, los seres humanos, la naturaleza, la poesía, las costumbres, la magia, etc. En ensayos como *América tierra firme*<sup>5</sup> es evidente su apropiación del modelo de Montaigne tanto en la estructura del texto como en los recursos que utiliza para persuadir al lector. «De la edad del bejuco a la edad del cerrojo», un capítulo en el libro arriba mencionado, evoca textos como «Los coches» en el tercer tomo de los *Essais*<sup>6</sup> donde Montaigne utiliza como disculpa la reflexión sobre la función social de los coches para manifestar su rechazo por el lujo de ciertos imperios, a la vez que lamenta el sometimiento de las tribus americanas por los españoles a quienes encuentra codiciosos y brutales.

Veamos el orden de exposición de las ideas de Arciniegas en el ensayo mencionado y los trucos que utiliza para capturar a los lectores.

<sup>3</sup> Arciniegas, Germán, «Nuestra América es un ensayo», en *Cuadernos*, n° 73, 1963, pp. 9-16.

<sup>4</sup> Arciniegas, Germán, *El estudiante de la mesa redonda*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1932.

<sup>5</sup> Arciniegas, Germán, *América tierra firme*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1937.

<sup>6</sup> Montaigne, Michel, *Oeuvres Complètes*, París, Seuil, 1967.

En la introducción el autor expone la tesis del dominico francés M. J. Lagrange sobre el origen de las puertas: «El primer golpe de genio y el primer rasgo de audacia no fue la conquista y la invención del sílex de Thenay, sino con toda seguridad la invención de las puertas, la colocación de una piedra gigantesca en medio de la entrada, por cuyos lados pudiera pasar el hombre y ninguno de sus grandes y voluminosos enemigos»<sup>7</sup>.

A continuación refuta la teoría, poniendo en duda su universalidad, cuestionando no sólo lo que se dice, sino desde dónde se dice. Las generalizaciones europeas son para el colombiano un problema de perspectiva. «El francés —sugiere Arciniegas— tiene un sentido que le es peculiar: el del ahorro, el de la economía». Tal característica, afirma de manera arriesgada, degenera en el defecto de la avaricia que se filtra en los juicios del autor. «El ilustre señor Lagrange, al querer hacer una filosofía universal apoyándose en el invento de las puertas, se ha limitado a presentarnos una fotografía psicológica del francés, que posiblemente no nos servirá de base para analizar un proceso semejante tomando a América como punto de partida»<sup>8</sup>.

Para refutar las afirmaciones de Lagrange, Arciniegas se sitúa en su perspectiva de americano: «Yo no sé si sea una presunción excesiva la de creer que nosotros, los habitantes de esta América, estamos más cerca del salvaje, y aún del hombre primitivo que de los muy civilizados de la cultísima Europa». Así deja en el aire una duda, para después aclarar su perspectiva con otra ironía: «Pero la verdad es que me siento más cerca de los días simiescos de la creación de lo que supongo habrá de sentirse el señor Lagrange»<sup>9</sup>.

Esta defensa de lo salvaje parece responder al dilema de Sarmiento, civilización o barbarie<sup>10</sup>, enfrentando a las teorías eurocentristas el paisaje americano donde están gran parte de los argumentos de Arciniegas: «Y mirando el paisaje primitivo de América, no veo la puerta sino como una invención muy posterior en el desarrollo intelectual del hombre». El autor relaciona la puerta con un momento de la historia del ser humano que va del paso a la lucha por la conservación de la especie a la explotación del hombre por el hombre: «Se me ocurre que esa puerta de pura roca, si bien pudo ser útil en el caso de ciertos pueblos, no debió generalizarse entre los hombres sino cuando su lucha pasó a ser la de la defensa de la especie para convertirse en la lucha del hombre por el hombre»<sup>11</sup>.

Otra de las tesis que refuta Arciniegas es la de que los pueblos primitivos fueron todos cavernarios, obviamente, por razones de tipo medio ambiental: «Lo mismo en las épocas prehistóricas que en las actuales, en esta carcasa de planeta han existido climas y circunstancias. De una zona a otra cambian la flora, la fauna, el paisaje, y es muy verosímil que hubiesen existido

<sup>7</sup> Arciniegas: 1937, p. 51.

<sup>8</sup> Arciniegas: 1937, p. 51.

<sup>9</sup> Arciniegas: 1937, p. 52.

<sup>10</sup> *En América Mágica, Buenos Aires, Sudamericana, 1958, Arciniegas define a Sarmiento como un bárbaro que creía en la civilización, desdibujando así una falsa oposición entre civilización y barbarie.*

<sup>11</sup> Arciniegas: 1937, p. 52.

hombres primitivos no cavernarios»<sup>12</sup>. A continuación, recurre a la ironía para cuestionar el complejo de inferioridad de algunos hispanoamericanos: «Yo sé que esta afirmación entristecerá a muchos de mis conciudadanos que desearían tener progenitores de las cavernas para exhibir una prosapia de tipo europeo y justificar ancestralmente algunas de sus ideas...»<sup>13</sup>.

Para convencer al lector, Arciniegas no sólo recurre a argumentos como el determinismo ambiental y la diferencia, sino que refuerza sus afirmaciones bajo la forma de un testimonio personal: «Yo traje del Amazonas, y la conservo en un museo de curiosidades, una piedrecilla del tamaño de un grano de maíz. El mérito de esta roca consiste en que es la roca de mayor tamaño que se puede hallar en estas regiones»<sup>14</sup>. Y para rematar su exposición de motivos y la fuerza de sus convicciones, el autor se dirige a sus lectores como si buscara la complicidad de los amigos. «Yo quiero que todos mis amigos que me leen participen de mi propio desconcierto y se convenzan de que nosotros los americanos vivimos en un mundo arbitrario, en países exóticos y estrambóticos, en un gongorismo geográfico que elude las clasificaciones de los sabios europeos»<sup>15</sup>.

Elevando la temperatura moral de un lector cautivo por el mágico poder de su palabra, el escritor evoca la historia de América, citando a los cronistas como Juan de Palafox y Mendoza que describe el modo de vida de los indígenas americanos: «Contentanse con un pobre jacal por casa, y en sus tierras, donde no hay sino indios, no tienen más cerradura en sus puertas que la que basta a defenderlas de las fieras, porque entre ellos no hay ladrones ni qué hurtar, y viven en una santa ley sencilla y como era la de la naturaleza»<sup>16</sup>.

Tal defensa de lo americano es sin duda una reacción entusiasta, posible gracias al clima creado por las vanguardias de las primeras décadas del siglo XX. Arciniegas es uno de esos americanos que, como Asturias, realizaron el viaje a Europa que resumía la quimérica búsqueda de la modernidad de sus antepasados. Pero al llegar a la mítica ciudad de París donde rabiosamente se ensayaban tantas propuestas estéticas y se lanzaban tantos manifiestos contra la razón y las costumbres burguesas y en defensa de un pensamiento mágico y de un arte primitivo y puro, descubrieron que la idea de la decadencia se apoderaba de Europa y que los artistas como Artaud buscaban en las culturas precolombinas una vía hacia un contacto directo con las formas de la naturaleza, un retorno a los orígenes.

Esta situación, que sin duda sacudió la conciencia de los americanos, contribuyó a elevar su autoestima y les aportó elementos para superar el tradicional complejo de inferioridad frente a Europa. Si bien Bolívar y Martí proclamaron con urgencia la necesidad de crear modelos adecuados para superar la dependencia cultural frente a las potencias europeas, los

<sup>12</sup> Arciniegas: 1937, p. 53.

<sup>13</sup> Arciniegas: 1937, p. 53.

<sup>14</sup> Arciniegas: 1937, p. 53.

<sup>15</sup> Arciniegas: 1937, p. 54.

<sup>16</sup> Arciniegas: 1937, p. 56.

intelectuales se quedaron atrapados en las oposiciones barbarie/civilización, atraso/modernidad, tradicionalismo/cosmopolitismo, etc., en las que entraban en juego la defensa o el desdén hacia lo propio frente a lo foráneo.

Con las vanguardias se rompe, al menos al nivel del discurso, esa falsa dicotomía. Lo foráneo se asimila y cuestiona. Lo propio se redimensiona desde las corrientes de pensamiento foráneas, se le asignan nuevos valores. La sustancia literaria que proporciona la naturaleza americana, se moldea con técnicas como las propuestas por el surrealismo. Por eso no debe extrañarnos que un ensayista como Arciniegas cuestione en 1937 las teorías de los europeos, oponiendo a sus clasificaciones la diversidad; a sus generalizaciones, la pluralidad; presentando argumentos históricos (textos, crónicas, etc.), argumentos medioambientales —como los positivistas—, apelando a la ironía y al humor, aportando su experiencia y su perspectiva: la de un americano que se niega a ser clasificado y encasillado en los moldes eurocentristas.

Nada más apropiado para esta terapia, la de elevar la moral de los americanos, que el ensayo, donde el sujeto puede exteriorizar sus fantasmas bajo formas diversas y con distintas tonalidades. Como todos sabemos, el ensayo es producto de la mentalidad renacentista, que necesita mostrar la interioridad del ser humano, en una aventura ciertamente arriesgada, tal es la de confesarse ante sus contemporáneos. El género obviamente tiene en Montaigne a uno de sus precursores<sup>17</sup>. En *Essais* éste señala sus rasgos esenciales: subjetividad y arbitrariedad, los cuales permiten que el sujeto desarrolle su capacidad crítica al aproximarse al mundo que lo rodea<sup>18</sup>.

Pero el estilo de cada ensayista es tan personal que muchas veces es difícil encontrar rasgos comunes entre ellos. Sin embargo, Michel Butor encuentra la unidad del ensayo siguiendo un riguroso análisis estructural<sup>19</sup>, es decir, identificando sus elementos y determinando su función y sentido, estableciendo las relaciones entre ellos.

Lukacc, en cambio, lo explica desde su función expresiva y su peculiar subjetividad: «Hay vivencias (...) que no podrían ser expresadas por ningún gesto y que, sin embargo, ansían expresión (...) la intelectualidad y la conceptualidad como vivencia sentimental, como realidad inmediata, como principio espontáneo de la existencia; como concepción del mundo en su desnuda pureza, como acontecimiento anímico, como fuerza motora de la vida»<sup>20</sup>.

Ciriaco Morón Arroyo en *Ensayo y ciencias sociales*<sup>21</sup>, plantea la necesidad de definir el género a partir del modelo de Montaigne, tomando como punto de referencia un «concepto universal» del ensayo, es decir, una

<sup>17</sup> Sobre los orígenes del ensayo ver: Terrase, Jean: *Rhétorique de l'essai littéraire*, Québec, Les presses de l'Université du Québec, 1977; Butor, Michel: *Essais sur les essais*, París, Gallimard, 1968; Sayce, R. A., *The Essays of Montaigne. A critical Exploration*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1972; Naudeau, Oliver, *La pensée de Montaigne et la composition des «Essais»*, Genève, Droz, 1972.

<sup>18</sup> En Montaigne, «De Demócrito a Heráclito», en *Essais*, II, 12, París, Garnier, 1912, el autor aclara que entre los muchos aspectos que puede abordar elige uno para acariciarlo o para penetrar hasta el fondo, por lo que sus juicios se convierten en un elemento imprescindible.

<sup>19</sup> Butor, M. en *Essais sur les essais*, se basa en Montaigne para ofrecernos la estructura del género: a) introducción, tesis, refutación, ironía para ridiculizar la primera, experiencia personal para desmentir la segunda, b) primera proposición, bajo la forma de ejemplo o testimonio, c) narración o confesión, etc.

<sup>20</sup> Lukács, Georg, *El alma y las formas y la teoría de la novela*, Barcelona, Grijalbo, 1975.

<sup>21</sup> Morón Arroyo, Ciriaco, «Ensayo y ciencias sociales», en *El escritor como crítico literario y el ensayo en la literatura hispánica*, en *Hispanic Literatures 6th Annual Conference*, Oct. 17-18, Indiana, Pennsylvania University, Editor Cruz-Mentzabal.